

Yo Creo en Dios ¹

I.- Credo, solemne profesión de Fe

El Credo comienza así: “Creo en Dios”. Es una afirmación fundamental, aparentemente simple en su esencia, pero que nos abre al mundo de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica la adhesión a Él, acogiendo su Palabra y gozosa obediencia a su Revelación.

“La fe es un acto personal: es la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela a sí mismo” (Cf. Catecismo n.166). Ser capaz de decir que se cree en Dios es un regalo – Dios se revela – y un compromiso, es la gracia divina y responsabilidad humana.

La Gracia es un regalo gratuito. La acogemos libre y responsablemente.



Es una experiencia de diálogo con Dios, que por amor, “habla a los hombres como amigos” (Dei Verbum, 2), nos habla a fin de que, en la fe y con la fe, podamos entrar en comunión con Él.

II.- ¿Dónde podemos escuchar a Dios?

Fundamentalmente en la Sagrada Escritura, en que la Palabra de Dios se hace audible para nosotros y nutre nuestra vida de “amigos” de Dios. Toda la Biblia habla de la fe y nos enseña la fe contando una historia en la que Dios lleva a cabo

¹ Texto basado en la Catequesis del Papa, Benedicto XVI, por el Año de la Fe

su plan de redención y se acerca a nosotros los hombres, a través de personas que creen en Él y confían en Él, hasta la plenitud de la revelación del Señor Jesús.



En el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos, se habla de la fe y se sacan a la luz las grandes figuras bíblicas que la han vivido, convirtiéndose un modelo para todos los creyentes. Dice el texto en el primer verso: "La fe es la certeza de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve" (Hebr. 11,1)

Los ojos de la fe son capaces de ver lo invisible y el corazón del creyente puede esperar más allá de toda esperanza, al igual que Abraham, de quien Pablo dice en la Carta a los Romanos que "creyó, esperando contra toda esperanza" (Rom. 4, 18)

III.- Abraham, padre de todos los creyentes

Hoy centraremos nuestra atención, en Abraham porque es el primer punto de referencia importante para hablar acerca de la fe en Dios.

"Por la fe Abraham, llamado por Dios, obedeció partiendo a un lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas, como también Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Heb. 11, 8-10)

¿Qué le pide Dios a Abraham?

"Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré" (Gen, 12, 1).

Se trata de una partida en la oscuridad, sin saber a dónde Dios lo guiará; es un viaje que pide obediencia y confianza radicales, al que solo la fe puede tener

acceso. Pero la oscuridad de lo desconocido – donde Abraham debe ir – es iluminada por la luz de la promesa, una palabra tranquilizadora que abre el futuro de una vida en plenitud.



“Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, haré grande tu nombre ... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Gn. 12, 2-3)

La bendición en la Sagrada Escritura, se relaciona principalmente con el don de la vida que viene de Dios y se manifiesta en una vida que se multiplica, pasando de generación en generación. A la bendición está conectada también la experiencia de ser propietario de una tierra.

Así Abraham en el diseño de Dios, está llamado a convertirse en el “padre de una multitud de naciones” (Gn. 17, 5: Cf. Rom. 4, 17-18) y a entrar en una nueva tierra donde vivir.

¿Cómo responde Abraham, al llamado de Dios?

“El creyó, esperando contra toda esperanza, y se convierte en padre de muchas naciones, como se le había dicho: Así será tu descendencia. Él no vaciló en la fe, a pesar de Sara, su esposa, era estéril, incapaz de tener hijos; y al país al que Dios le lleva está lejos de su tierra natal, y ya está habitado por otros pueblos, y no le pertenecerá nunca realmente.

La tierra que Dios le da a Abraham no le pertenece, él es un extranjero y lo seguirá siendo para siempre, con todo lo que ello conlleva: no tener miras de posesión, sentir siempre la pobreza, ver todo como regalo.

Sentir todo como un regalo es también la condición espiritual de aquellos que aceptan seguir al Señor, bajo el signo de su bendición.

La promesa de Dios fortaleció la fe en Abraham, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que lo que había prometido era también capaz de llevarlo a término (Rm. 4, 18-21).

La fe conduce a Abraham a un camino paradójico:

El será bendecido, sin los signos visibles de la bendición, pues tiene una vida marcada por la esterilidad de su esposa Sara.

Es llevado a una nueva tierra, pero tendrá que vivir como extranjero; la única posesión que se le permitirá será un pedazo de tierra para enterrar a Sara (Cf. Gen. 23, 1-20).

Abraham, en la fe, sabe discernir la bendición divina yendo más allá de las apariencias, confiando en la presencia de Dios, incluso cuando sus caminos le parecen misteriosos.

IV.- ¿Qué significa esto para nosotros?

Cuando decimos: “Creo en Dios”, decimos como Abraham: Yo confío en Ti; confío en Ti, Señor”, pero no como Alguien a quien recurrir solo en momentos de dificultad o a quien dedicar algún momento del día o de la semana.



Decir “Creo en Dios”, significa fundamentar en Él mi vida.

Debo dejar que su Palabra oriente cada día, en las opciones concretas, sin temor de perder algo de mí mismo. Cuando en el rito del Bautismo, se pregunta tres veces: “¿Crees?” en Dios, en Jesucristo, en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica y las demás verdades de la fe, la triple respuesta está en singular: “Yo Creo”, porque es mi existencia personal que va a recibir un impulso con el don de la fe, es mi vida la que debe cambiar, convertirse.

Abraham el creyente, nos enseña la fe; y, como extranjero en la tierra, nos muestra la verdadera patria. La fe nos hace peregrinos en la tierra, insertados en el mundo y en la historia, pero en camino hacia la patria celestial.



Creer en Dios nos hace, por lo tanto, portadores de valores que a menudo no coinciden con la moda y la opinión del momento. Nos pide adoptar criterios y asumir una conducta que no pertenece a la manera común de pensar. El cristiano no debe tener miedo de ir “contra la corriente” para vivir su fe.



El cristiano debe resistir la tentación de uniformarse.

En muchas sociedades, Dios se ha convertido en el “gran ausente” y en su lugar hay muchos ídolos, especialmente la posesión del “yo” autónomo. Los significativos y positivos progresos de la ciencia y de la tecnología han introducido en el hombre la ilusión de omnipotencia y de autosuficiencia.



Hay muchos que piensan que no necesitamos a Dios.

Sin embargo, la sed de Dios (Cf. Sal. 63, 2) no se extingue y el mensaje del Evangelio sigue resonando a través de las palabras y los hechos de muchos hombres y mujeres de fe.

Abraham padre de los creyentes, sigue siendo padre de muchos hijos dispuestos a seguir en obediencia la llamada divina. Es el mundo bendito de la fe a la que todos estamos llamados. Es un camino difícil, que conoce la prueba, pero se abre a la vida, en una transformación de la realidad que solo los ojos de la fe pueden ver y disfrutar en abundancia.

Decir “Creo en Dios” nos impulsa a partir, a salir de nosotros mismos para llevar en la realidad cotidiana, la certeza de Dios en la historia, aún hoy.

Ahora les invitamos a trabajar en equipo. Para facilitar el trabajo le sugerimos contestar las siguientes preguntas.

Preguntas

- 1.- Es frecuente que su oración personal, sea con el uso de las Sagradas Escrituras.
- 2.- ¿Por qué cree usted que Abraham confía tan ciegamente en el Señor?
- 3.- ¿Cómo habríamos respondido nosotros a una invitación de “abandonarlo todo por seguir a Dios?”
- 4.- ¿Cuándo participa en un Bautizo, se pregunta cómo vive cada día el don de la fe?
- 5.- ¿Tiene temor a ser consecuente con su fe, en los ambientes que le toca desenvolverse?

Estas preguntas, además de facilitar la comprensión del texto, les pueden servir, posteriormente, para hacer una reflexión personal.